

## Allende y Balmaceda: Crónica de un suicidio anunciado

### Allende and Balmaceda: Chronicle of an announced suicide

Diego Escobedo Rodríguez\*

*“Allende /  
Proceda /  
¡Imite a Balmaceda!”*

Vítor del movimiento Poder Femenino, 1971

“Si ayer se estremeció la pampa por la lucha de los trabajadores - y Chile sabe que un presidente mártir pagó con su vida el anhelo de reservar para Chile las riquezas del salitre, pues Balmaceda escribió la página de la historia chilena con el más profundo y hondo sentido nacional- el pampino reedita hoy día ese sentido, al saber y tener conciencia que el salitre es de los chilenos y que nosotros, al trabajarlo y al levantarlo de la postración en que se encuentra, vamos a dar un paso trascendente, no sólo en defensa del norte grande, sino que de Chile entero”.

Lo anterior es un fragmento del discurso pronunciado por el presidente Salvador Allende (1908-1973), durante su visita a la oficina salitrera Pedro de Valdivia en febrero de 1971<sup>1</sup>. No fue la única vez que aludió a la memoria del presidente José Manuel Balmaceda (1840-1891) durante la misma intervención, tampoco la única durante su gobierno. Y es que el nombre del presidente mártir se repetirá muchas veces en las palabras del mandatario socialista.

A principios de los setentas, y aún en la actualidad, sigue presente esa dupla como algo inextricablemente unido en el inconsciente colectivo nacional. Balmaceda y Allende. Dos líderes nacionalizadores, para algunos incluso “progresistas”. El primero, nacionalizador del salitre, el segundo del cobre. Los dos se enfrentaron a un congreso adverso y a un empresariado extranjero. Los dos fueron derrocados militarmente. Los dos se suicidaron.

Dos gobiernos separados por ochenta años de distancia, pero siempre comparados por sus semejanzas, algunas reales, otras forzadas. Quienes son aficionados a la historia, aventuran frases como “Balmaceda era el Allende del siglo XIX”, mientras que los historiadores profesionales miran con desconfianza esa analogía. Y no obstante, es una idea muy extendida, incluso en quienes no comulgan con el proyecto de la Unidad Popular. Allende fue muy exitoso a la hora de construir este mito. Con sus discursos y sus continuas alusiones al “legado patriótico de Balmaceda”<sup>2</sup> no le hablaba sólo al presente, sino a las generaciones futuras. Aún hoy son muchos los simpatizantes de ese “legado patriótico”, que trasciende las ideologías y el tiempo, sin cuestionarse esa dupla presidencial.

---

\* Licenciado en Historia. Estudiante del Magíster en Historia, Universidad Católica

<sup>1</sup> *Textos de Salvador Allende (1971)*, Santiago, Biblioteca Clodomiro Almeyda, 2018, p.53.

<sup>2</sup> *Ibid*, p.83.

Dos nombres intrínsecamente entrelazados. Trágicamente parecidos. El segundo, admirador y seguidor de los pasos del primero. Lo que nos invita a preguntarnos ¿eso implicaba seguir conscientemente el derrotero de la división, con el conocido resultado de la guerra civil y el suicidio? Y aún más ¿de verdad son tan parecidos estos dos gobiernos?

En el presente ensayo, proponemos que el culto sembrado por el allendismo a la figura del presidente Balmaceda, escondía de forma tácita la expectativa de fracaso del proyecto de la Unidad Popular. El presidente Allende buscó seguir los pasos del mandatario decimonónico con la idea de no cometer los mismos errores, pero al mismo tiempo siguió este derrotero dispuesto y preparado para inmolarse y martirizarse, si las condiciones lo llevaban a un callejón sin salida. Adicionalmente, exploraremos cuánto había de verdad en su afán por realzar las similitudes entre 1891 y 1973. Comparación que, sostenemos, debió ignorar importantes cualidades y episodios del gobierno de Balmaceda, para construir un relato coherente con el proyecto de la Unidad Popular y su retórica marxista.

Para esto, analizaremos cómo se fue construyeron el mito de Balmaceda inmediatamente después de su suicidio, los distintos usos políticos de su figura a lo largo del tiempo, hasta llegar a Salvador Allende y cómo su gobierno y sus simpatizantes forjaron un mito histórico que resaltaba la sintonía entre el mandatario del siglo XIX y el mandatario del siglo XX. Propaganda que trasciende hasta nuestros días, convertida en un mito prácticamente transversal en el imaginario histórico chileno.

## Forjando un mito

El nombre de Balmaceda se repite bastante en el Chile contemporáneo. Localidades, plazas, calles, docenas de monumentos e incluso una fundación mantienen viva su memoria. No obstante, aunque hoy se da por hecho que fue un presidente muy popular, los hechos nos dicen otra cosa.

En ausencia de encuestas de opinión, una fuente muy precisa para determinar la aprobación y rechazo que tenía el gobierno de Balmaceda (1886-1891) entre los chilenos es la lira popular. Según la historiadora Micaela Navarrete, podemos dividir la imagen popular del mandatario en tres períodos reflejados en este medio. El primero, es el del apoyo popular a Balmaceda, y se sitúa entre 1886 y 1888, en los albores de su mandato. El segundo, es el repudio popular a Balmaceda y va entre 1888 y 1891, cuando la crisis política lo llevó a tomar medidas cada vez más autoritarias hasta desembocar en la guerra civil. El tercero, es el del reencuentro popular con el presidente muerto, entre 1892 y 1896. “En términos políticos, el primer momento sería el de la formación de una imagen democrática de Balmaceda; el segundo, abarca el quiebre y la disolución de la imagen democrática; y el tercero, comprende la reconstitución de esa imagen”<sup>3</sup>.

Cabe detenernos en el segundo período, el preludio y estallido de la guerra civil. No fue sólo la prensa opositora la fuente del rechazo popular al mandatario. La mano dura aplicada por Balmaceda durante la guerra y el reclutamiento forzoso para servir en el ejército gobiernista “no parecen haber mejorado la imagen que la opinión pública tenía del presidente. Ni aún después de su suicidio sus enemigos dejarían de execrarlo. Las editoriales de los días posteriores a este evento son en este sentido un ejemplo contundente del odio político existente hacia su persona y lo que ésta encarnaba”<sup>4</sup>. De este

<sup>3</sup> Micaela Navarrete Araya, *Balmaceda en la poesía popular, 1886-1896*, Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana, 1993, p.113.

<sup>4</sup> Rodrigo Mayorga, “Un héroe para el partido, un héroe para la nación. Balmaceda y su imagen ante la Historia. Los años formativos (1891-1897)”, en Rodrigo Mayorga (Editor), *Lejos del Ruido de las Balas. La Guerra Civil Chilena de 1891*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2008, p.2.

modo, es común encontrar tanto en la lira popular como en la prensa parlamentarista los adjetivos de “dictador” y “tirano” para referirse a Balmaceda. Incluso se le llegó a tildar de “diabólico”, como se aprecia en un grabado de la lira popular, donde se muestra a Balmaceda redactando su testamento, poco antes de suicidarse, en compañía del diablo (imagen 1). Y es que su asilo en la legación argentina y posterior suicidio, fueron interpretados por los poetas populares como resultado del remordimiento que sentía el presidente por sus crímenes, el miedo al castigo que lo esperaba, y por haber estado bajo la influencia de un espíritu soberbio y maligno<sup>5</sup>.

¿Cómo se entiende entonces que un presidente tan odiado hoy sea recordado posteriormente como un prócer heroico?

Esto nos lleva al tercer período descrito por Navarrete. La crítica al gobierno de Jorge Montt, el cual se caracterizó por la pauperización de las clases populares, y una fuerte represión hacia las manifestaciones obreras, derivó en la conclusión de que Chile había caído en una “nueva y peor tiranía”, y en la revalorización de Balmaceda como “defensor del pueblo”. Según la historiadora, “rápida y progresivamente, la imagen del ex presidente Balmaceda comenzó a ser comprendida en la poesía popular como la de un protector y defensor del pobre que, durante su administración, le brindó trabajo, dinero y educación”<sup>6</sup>. Este proceso de reconversión fue tan rápido que ya en 1893, un viajero francés llamado André Bellesort observaba que “todos los obreros chilenos de las oficinas dejaron su trabajo y tomaron las armas contra un “tirano” cuyo recuerdo hoy celebran”<sup>7</sup>.

El fervor popular fue tal, que el mandatario es reinterpretado en clave religiosa. Su suicidio ya no es visto como algo negativo, sino que releído como un sacrificio por el pueblo, equiparando a Balmaceda con Jesucristo. “Ellos a Balmaceda / llaman tirano/ porque dijo a los pobres /sois mis hermanos sí/ sin distinción/ aunque cueste mi vida/ tu redención”, consignaban los versos populares<sup>8</sup>. Esto determinó que el presidente se convirtiera en un santo popular, y su mausoleo hasta la actualidad es visitado por fieles que dejan placas y cartas, pidiendo o agradeciendo por favores concedidos.

Si esto se producía espontáneamente desde el bajo pueblo, en la elite política se producía un fenómeno similar. La amnistía decretada poco después del fin de la guerra, permitió a los balmacedistas que partiendo al exilio retornar al país. Los retornados fueron los primeros en hacer un uso político de la figura del difunto jefe de Estado, y se reagruparon en el flamante Partido Liberal Democrático, o partido balmacedista, en 1893. Esta nueva colectividad se dedicó a defender el legado del mandatario, principalmente, el presidencialismo, el cual había sido desplazado por el régimen parlamentario. Este partido subsistió hasta 1932, año en que se fundió al derechista Partido Liberal Unido<sup>9</sup>.

En línea con lo anterior, contribuyó bastante a lavar la fama de “dictador” y “tirano” que pesaba sobre Balmaceda no sólo los versos populares, sino también los versos de los dos poetas nacionales galardonados con el premio Nobel: Gabriela Mistral y Pablo Neruda.

La poeta nortina lo había llamado “la segunda melena política de Chile”<sup>10</sup>, sólo superado por Francisco Bilbao, en alusión a su labor como promotor de la educación pública; mientras que el bardo parralino le dedicó el poema “Balmaceda de Chile” de su Canto General, y poco antes de morir,

---

<sup>5</sup> Navarrete, op. cit., p.67-69.

<sup>6</sup> Ibid., p.101.

<sup>7</sup> Julio Pinto, “El balmacedismo como mito popular: los trabajadores de Tarapacá y la Guerra Civil de 1891”, en Luis Ortega (editor), *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy*, Santiago, Universidad de Santiago, 1993, p.125.

<sup>8</sup> Navarrete, op. cit., p.117.

<sup>9</sup> “Partidos, movimientos y coaliciones”, recuperado de *Biblioteca del Congreso Nacional de Chile*. Disponible en: [https://www.bcn.cl/historiapolitica/partidos\\_politicos/wiki/Partido\\_Liberal\\_Democr%C3%A1tico](https://www.bcn.cl/historiapolitica/partidos_politicos/wiki/Partido_Liberal_Democr%C3%A1tico)

<sup>10</sup> Gabriela Mistral: selección, prólogo y notas de Jaime Quezada, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 82.

sostuvo que Chile había tenido “muchos presidentes chicos y sólo dos presidentes grandes: Balmaceda y Allende”<sup>11</sup>.

El presidente Balmaceda también fue uno de los grandes referentes del general Carlos Ibáñez del Campo, uno de los principales responsables del desmantelamiento del sistema parlamentario en la década de los años veinte. Este régimen llegó a su fin con la constitución de 1925 y la posterior dictadura de Ibáñez, quien gobernó de forma autoritaria, con un congreso elegido a dedo (el famoso “congreso termal”), y una clara inspiración en el presidencialismo balmacedista<sup>12</sup>.

Posteriormente, veremos por primera vez la efigie del difunto mandatario en una campaña presidencial en 1942, cuando Carlos Ibáñez del Campo lo usó para un afiche donde figura él mismo junto a Portales y Balmaceda. En éste se apreciaban las palabras “El Creador”, junto a Portales; “El Defensor”, junto a Balmaceda; y “El Restaurador” junto a Ibáñez (imagen 2). El mensaje es más o menos elocuente: el Balmaceda defensor del pueblo –idea acuñada por la lira popular cinco décadas antes- y su modelo proteccionista, se encontraban desmantelados o en precaria condición, y era misión de Ibáñez, líder fuerte, caudillo presidencialista, el recuperarlo.

No fue la última vez que un general manifestó su admiración por el político finisecular. El general Augusto Pinochet, durante un discurso en la Universidad de Chile en 1979, lamentó que “el régimen presidencial portaliano” se perdió con la guerra civil de 1891, tras la cual el presidente pasó a ser una figura decorativa, dando paso “al gobierno exclusivo de la aristocracia que, abandonando sus cualidades iniciales de austeridad y sobriedad, decayó en una oligarquía”. Aún más, el dictador sostuvo que “el parlamentarismo ha sido el período más estéril y más negativo de nuestra vida republicana, antes del advenimiento del marxismo soviético. Los considerables ingresos del salitre que llegaban a arcas fiscales se dilapidaron sin visión de futuro y, con ello, se perdió para Chile la magnífica oportunidad de desarrollo”<sup>13 14</sup>.

Esto nos revela que el culto a Balmaceda no fue exclusivo de la izquierda marxista, y aún hoy es percibido como una figura de admiración transversal en el espectro político chileno (en contraposición con el desprestigiado parlamentarismo que lo derrocó y se impuso en Chile por tres décadas). Por todo lo anterior, Balmaceda viene a ser miembro de lo que Mayorga llama nuestro “panteón heroico nacional”<sup>15</sup>.

La relación de la figura histórica de Balmaceda con los movimientos e ideologías izquierdistas tomó forma en la década de los cincuentas, de la mano del historiador comunista Hernán Ramírez Necochea, cuyo libro *La guerra civil de 1891: antecedentes económicos*, publicado en 1951, junto con *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, de 1958, instalaron la idea del origen imperialista tanto de la Guerra del Pacífico como de la guerra civil de 1891. En sus trabajos, el historiador sostenía que ambos conflictos fueron detonados por los intereses de los empresarios británicos dueños del salitre, quienes llevaron a

---

<sup>11</sup> Pablo Neruda, *Confieso que he vivido. Memorias*, Barcelona, Seix Barral, 1985, p. 474. El poema mencionado se encuentra en Pablo Neruda, *Canto General I*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1970, pp. 122 - 125.

<sup>12</sup> Alejandro San Francisco (Dirección General), José Manuel Castro, Milton Cortés, Myriam Duchens, Gonzalo Larios, Alejandro San Francisco y Ángel Soto (coautores), *Historia de Chile 1960-2010*. Tomo 1. *Democracia, esperanzas y frustraciones. Chile a mediados del siglo XX*, Santiago, CEUSS/Universidad San Sebastián, 2016, p.58-70.

<sup>13</sup> Augusto Pinochet, *Visión futura de Chile*, Santiago, División Nacional de Comunicación Social, 1979, p.7.

<sup>14</sup> Esto se contradecía con la visión del almirante José Toribio Merino y del general Gustavo Leigh, también miembros de la Junta Militar, quienes sostenía que Chile no había tenido un buen gobierno desde 1920, vale decir, desde que había dejado de conducir el país la oligarquía. “Se trataba de una extraña figura mental que dejaba en claro cuán conservadores eran en el fondo”. Fuente: Cristián Gazmuri, *Eduardo Frei Montalva y su época. Tomo II*, Santiago, Aguilar, 2000 p.565.

<sup>15</sup> Mayorga, op. cit., p.2.

Chile a la guerra contra sus vecinos, y luego a la guerra civil. En base a esta tesis, es que Balmaceda fue erigido por la izquierda marxista como uno de sus grandes emblemas.

A partir de aquí, se buscó levantar la analogía entre el salitre y el cobre. Lo cual se difundió no sólo a través de libros, panfletos y propaganda política, sino también mediante la cultura y las artes, dejando como resultado, entre otros logros, dos importantes producciones audiovisuales.

## Caliche y celuloide

La década de los sesentas significó una importante renovación de las artes y la cultura, como se pudo ver en el movimiento de la Nueva Música Chilena y del Nuevo Cine Chileno. Dicho movimiento cultural, encabezado por cineastas de izquierda, se sostenía en tres pilares: Desarrollar una cultura nacional anti-colonialista; abordar los conflictos sociales para concientizar a las masas; y actuar con una perspectiva continental<sup>16</sup>. La mayoría de los realizadores se dedicaron a filmar documentales que retrataban la crudeza de la realidad chilena y las luchas de los movimientos sociales por reivindicar sus derechos, con especial fuerza luego del Manifiesto de los Cineastas de la Unidad Popular de 1971<sup>17</sup>. Sin embargo, hubo dos documentalistas que siguieron trabajando la ficción, Aldo Francia y Helvio Soto. Éste último es el cineasta responsable de la película *Caliche Sangriento* (1969), film que narra las peripecias de una patrulla de soldados chilenos perdidos en medio del desierto en el marco de la Guerra del Pacífico, y estrenado un año antes del triunfo de Salvador Allende en las elecciones presidenciales.

La introducción presentada por el narrador al comienzo del film, resume muy bien dicho conflicto y la tesis antiimperialista de Soto: “Mientras se discutía en Santiago si el caliche sería conservado por el pueblo o sería entregado a la especulación particular, el Ejército chileno caminaba de Ilo a Moquegua, en pleno territorio peruano, para caer tras el enemigo atrincherado en Tacna y Arica. Miles de soldados chilenos marcharon sin agua y sin víveres, en una aventura mal dirigida que pudo ser la peor catástrofe de la guerra. Cansados, sedientos, algunos marchando sin rumbo, esos hombres vivieron un duro y dramático episodio”.

La contextualización no sólo presenta una tesis revisionista, es también una clara alusión al proyecto de nacionalización del cobre, el cual se consiguió dos años después, con aprobación unánime en el congreso, durante el gobierno de Salvador Allende. Esto queda explicitado cuando uno de los personajes de la trama menciona al “diputado Balmaceda” y su propuesta de nacionalizar los recursos naturales (algo históricamente inexacto. Durante su labor parlamentaria, Balmaceda defendió el rol de los privados en la industria salitrera<sup>18</sup>). De este modo, el film presenta al espectador un claro paralelismo entre el cobre y el salitre. Todo lo anterior, ha llevado al académico Luis Horta Canales a calificar esta cinta como un “western marxista”<sup>19</sup>.

---

<sup>16</sup> “Nuevo cine chileno”, recuperado de *Memoria chilena*. Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-92826.html>

<sup>17</sup> Marco Álvarez Vergara, “Cine + Revolución: las películas de la Unidad Popular”, en *Viento Sur*, N°132, Madrid, 2014, p.63-70.

<sup>18</sup> Felipe Portales, “Balmaceda no fue derrocado por nacionalista” en *Historias desconocidas de Chile*, Santiago, Catalonia, 2016, p.245-251.

<sup>19</sup> Luis Horta Canales, “Un western marxista: Caliche sangriento y el Nuevo Cine chileno” en *Revista Comunicación y Medios. Colección Documentos*, N° 3, Santiago, 2014, p.36-46.

Aunque la película no logró conquistar ni a la crítica ni al público<sup>20</sup>, el paralelismo histórico entre el cobre y el salitre volvió a ser tratado dos años más tarde, esta vez en la pantalla chica y ya en pleno gobierno de la Unidad Popular, en la serie *La Sal del Desierto*.

El programa fue escrito por el dramaturgo Alejandro Sieveking, y musicalizado por Luis Advis y el grupo Inti Illimani. A lo largo de veintiún capítulos emitidos semanalmente, la producción narró las vivencias de la aristocrática familia Covarrubias entre 1884 y 1898.

El primer capítulo inicia con el desfile del victorioso ejército chileno por las calles de Santiago tras el fin de la guerra. La familia Covarrubias, en tanto, sólo espera el regreso de su primogénito, Bernardo (interpretado por Héctor Noguera). A su regreso, Bernardo se muestra depresivo y taciturno. La guerra lo ha dejado traumatado, y confiesa a su familia que repudia “todos los mitos sobre el heroísmo y patriotismo en que creen los civiles”<sup>21</sup>. Es casi como si su personaje fuese uno de los sobrevivientes de *Caliche sangriento*, donde la guerra se caracterizó por su salvajismo y brutalidad antes que por el patriotismo y la gloria.

La trama buscó representar “la época y los problemas en torno a la gran riqueza salitrera a fines del siglo XIX”, teniendo entre sus personajes al mismísimo presidente Balmaceda y a parlamentarios de oposición<sup>22</sup>. Aquí, nuevamente vemos los esfuerzos por hacer el link entre la Guerra del Pacífico y la Guerra Civil de 1891, poniendo como tercer vértice del triángulo a los intereses económicos de las grandes fortunas (de origen británico, principalmente) en el salitre. Tanto *Caliche sangriento* como *La sal del desierto* tuvieron al salitre en su título y en el eje de sus argumentos.

Según Valerio Fuenzalida, la serie se presentaba como una metáfora: “La antigua riqueza del salitre era comparable a la actual riqueza del cobre, minas en proceso de nacionalización y en disputa alrededor de la década de 1970”. De este modo, la serie llevó al extremo la metáfora planteada por Helvio Soto en su película, al retomar el paralelismo entre el salitre y el cobre, y complementarlo con la comparación entre Balmaceda y Allende. “Implícitamente planteaba un paralelismo de ambas épocas y de los significados políticos de los presidentes Balmaceda y Allende, paralelismo que iba a ser acentuado dramáticamente por el suicidio de Allende pocos meses más tarde”<sup>23</sup>.

No obstante, según el guionista del programa, Alejandro Sieveking, no se trataba de una serie política, sino que su interés era mostrar una época y sus procesos socio-políticos de fondo, entre la Guerra del Pacífico y la Guerra Civil. Para lo cual, junto con documentarse, se asesoró con distintos historiadores que le indicaron “semejanzas” entre una época y otra.

El dramaturgo enfatiza que la serie fue gestada con total independencia del gobierno. No obstante, él mismo y la mayoría de los realizadores se confesaban simpatizantes del gobierno de la Unidad Popular, y reprodujeron su interés por enfatizar lo que consideraban semejanzas “objetivas” entre ambos momentos históricos, donde los intereses económicos de los ingleses pasaban a ser sustituidos por los de los norteamericanos. “Traté de ser imparcial, porque estábamos viviendo una época muy parecida. Y tú no querías incitar a que la cosa fuera tan negativa, tan pésima como fue con Balmaceda”, cuenta Sieveking, quien agrega que, en línea con lo anterior, buscó no mostrar a los ingleses como “los malos de la película”, sino como empresarios, muchos de ellos chilenos, que defendían sus negocios<sup>24</sup>.

<sup>20</sup> Tomás Cornejo, “Filmar a contrapelo: el cine de Helvio Soto durante la Unidad Popular”, en *Atenea*, N° 508, Concepción, 2013, p.18.

<sup>21</sup> Entrevista con Alejandro Sieveking, guionista y actor de la serie *La sal del desierto*. Santiago, 9 de enero de 2019.

<sup>22</sup> María de la Luz Hurtado, Paula Edwards y Rafael Guilisasti, *Historia de la Tv en Chile 1958-1973*, Santiago, Documentas, 1989, p.224.

<sup>23</sup> Valerio Fuenzalida, “La apropiación educativa de la telenovela”, en *Diálogos*, N° 44, Santiago, p.4.

<sup>24</sup> Entrevista con Alejandro Sieveking.

En suma, podemos apreciar que la tesis de Ramírez Necochea se expandió rápidamente en el mundo artístico. Y no es aventurado señalar, que estas dos producciones, tanto *Caliche Sangriento* como *La Sal del Desierto*, también contribuyeron a extenderlo dentro de la cultura popular, condicionando el conocimiento de muchos chilenos sobre estos conflictos. Basta con mencionar una producción audiovisual más contemporánea: la serie *Héroes*, de canal 13, cuyo capítulo dedicado al presidente finisecular (Balmaceda, *La mirada de un patriota*, 2007) reproduce de forma acrítica la tesis del historiador marxista, mostrando al salitre como principal motor de la guerra civil, y a los grandes capitalistas ingleses como los titiriteros detrás del bando congresista.

### Campana y gobierno de la Unidad Popular

En diversos discursos de la campaña presidencial de 1970, el recuerdo de Balmaceda asomó entre las palabras del candidato Salvador Allende. No sólo eso, se llegó a confeccionar lienzos donde figura el rostro de Allende, junto a Bernardo O'Higgins y José Manuel Balmaceda (imagen 3).

Esta triada, O'Higgins-Balmaceda-Allende, será recurrente en el discurso de la Unidad Popular, sobre todo en actividades o políticas relacionadas con la nacionalización del cobre. En palabras del líder del Partido Comunista chileno, Luis Corvalán, el presidente Allende, al igual que el presidente Balmaceda “se enfrentará al capital extranjero, esta vez el imperialismo norteamericano, y no transaría en el patriótico propósito de recuperar para Chile su principal riqueza, que ahora ya no era el salitre sino el cobre”<sup>25</sup>.

La figura del mandatario liberal también fue evocada en momentos de crisis. Para enero de 1972, en medio de una acusación constitucional contra su ministro del interior, José Tohá, distintas voces en la oposición pidieron la renuncia de Allende, y lo acusaban de estar llevando al país a la guerra civil. Ante esto, Allende volvió a evocar a Balmaceda: “Ochenta años no pasan en vano en ningún país. No se va a repetir lo de ayer. No habrá aquí una guerra fratricida, porque lo vamos a impedir, y no habrá un presidente que tenga que suicidarse porque no lo haré”<sup>26</sup>. Dieciocho meses después, esas palabras eran letra muerta.

No obstante, Allende tampoco eludía del todo la posibilidad de la muerte (ya fuera en combate o por suicidio). Ante las peticiones de renuncia de la oposición, el socialista insistía que de La Moneda sólo lo sacarían cuando terminara su mandato constitucional o “con los pies por delante en un pijama de madera”, parafraseando al presidente Pedro Aguirre Cerda, frase que le escuchó en medio del intento de golpe conocido como “el Ariostazo” en 1939, mientras fue su ministro de salud<sup>27</sup>. Cabe agregar, eso sí, que en privado bromeaba asegurando que tenía “carne de estatua”, algo que luego negó en diciembre de 1971, en el discurso de despedida de Fidel Castro. “Sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás”, sentenció, descartando nuevamente la posibilidad de renunciar<sup>28</sup>.

También encontramos una presencia constante de Balmaceda en la prensa de la época. El mismo Ramírez Necochea redactó distintos artículos de corte histórico difundiendo sus teorías sobre el

<sup>25</sup> “Salvador Allende, Presidente del pueblo”. En *Salvador Allende: presencia en la ausencia*, Miguel Lawner, Hernán Soto y Jacobo Schatan, editores, Santiago, LOM/CENDA, 2008, p.54.

<sup>26</sup> Jorge Montealegre Iturra, “Salvador Allende: caricatura y mito”, en *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, N°2, Abril 2014, p.42.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p.42.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p.50.

salitre y Balmaceda en la prensa oficialista<sup>29</sup>. Si bien vimos que las dos producciones audiovisuales que reproducían la tesis de este historiador no fueron obra de la Unidad Popular, el gobierno no quiso quedarse atrás y también tuvo la intención de sumarse a esta forma de hacer propaganda de sus ideas. Se proyectaba, para 1973, que la estatal Chilefilms realizaría una película sobre el presidente Balmaceda, proyecto encabezado por el cineasta Fernando Balmaceda, descendiente del mandatario, el cual nunca se concretó debido al golpe de Estado del 11 de septiembre<sup>30</sup>.

### La reacción de la oposición

Ante este despliegue mediático y propagandístico, el senador Juan Hamilton (DC) criticó en 1972, que “reiteradamente y con poco respeto por los valores históricos, la Unidad Popular ha comparado al presidente Allende con Bernardo O’Higgins y Balmaceda”<sup>31</sup>.

La sobreexplotación de la figura de ambos próceres también será criticada por parte de la oposición a la Unidad Popular en clave irónica. En *El Mercurio*, con motivo del último natalicio de O’Higgins previo al golpe de Estado, se llegó a declarar sobre O’Higgins que “su mayor grandeza fue cuando abdicó”<sup>32</sup>, lo cual fue calificado como un insulto hacia O’Higgins por parte del Partido Comunista<sup>33</sup>.

En lo que refiere a la afición de Allende por Balmaceda, la oposición resaltó uno de los aspectos más recordados del mandatario decimonónico: su suicidio. Desde el movimiento Poder Femenino, surgido en 1971, sus integrantes respondieron al paralelismo histórico de la propaganda oficialista con el sarcástico vitor de “Allende, proceda, imite a Balmaceda”<sup>34</sup>. La prensa opositora reforzará continuamente esta idea. La revista *Tribuna* publicó un artículo titulado “La renuncia y el suicidio”, presentado como un análisis astrológico, que predice que la única salida de Allende es el suicidio. El mismo tabloide citó al entonces senador Sergio Onofre Jarpa, quien manifestó que “el que quiera imitar a Balmaceda tiene que estar dispuesto a seguir su ejemplo hasta las últimas consecuencias”; mientras que SEPA publicó un artículo titulado “La trágica comparación de Allende ¿será capaz de imitar a Balmaceda?” (7 de marzo de 1972)<sup>35</sup>. Incluso su frase de “pijama de madera” fue satirizada en una caricatura donde un sastre le toma sus medidas, mientras Verdejo –popular personaje de caricaturas originario de la revista *Topaze-* lo increpa diciéndole que de La Moneda saldrá vivo “para que las pague” (imagen 4).

Nuevamente vemos la idea del suicidio como forma de evitar el castigo por los delitos de los que era acusado el mandatario, tal como retrató la lira popular con Balmaceda en 1891. Y así como al liberal se le acusó de “diabólico” en 1891, poco después del golpe de Estado del ’73, el almirante Merino comparó al socialista con “satán”<sup>36</sup>. En ambos momentos históricos, vemos cómo la triunfante oposición divide al país entre “buenos” y “malos”, demonizando al presidente enemigo, y

<sup>29</sup> Véase por ejemplo “Aniversario de la muerte del presidente José Manuel Balmaceda”, en *El Siglo*, 19 de septiembre de 1971, p.12; o el texto de Mario Céspedes “Muerte de Balmaceda”, en la misma página.

<sup>30</sup> Darío Osses, “El viaducto: la experiencia de escribir una novela sobre dos crisis históricas” en *Revista Chilena de Humanidades*, N°16, Santiago, Facultad de Filosofía y Humanidades / Universidad de Chile, 1995, p. 6.

<sup>31</sup> Arturo Fontaine, *Todos querían la revolución. Chile 1964-1973*, Santiago, Zig-Zag, 2000, p.143.

<sup>32</sup> “O’Higgins, valiente y patriota”, en *El Mercurio*, Santiago, 20 de agosto de 1973, p.16.

<sup>33</sup> “El insulto de la derecha a O’Higgins”, en *El Siglo*, Santiago, 21 de agosto de 1973, p.3.

<sup>34</sup> Margaret Power, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende 1964- 1973*, Santiago, Dibam, 2008, p.237.

<sup>35</sup> Montealegre, op. cit., p.45.

<sup>36</sup> José Rodríguez Elizondo, “Salvador Allende, el tabú y el mito”, en *Nueva Sociedad*, N° 128, noviembre-diciembre 1993, p.25

autoasignándose por añadidura un rol poco menos que divino y mesiánico, en su rol de liberación del pueblo de la dictadura de un líder “diabólico” o “satánico”.

Atendiendo al fondo de la crítica opositora, nos surge la duda de por qué la Unidad Popular, y específicamente el presidente Allende, escogieron como sus dos grandes referentes a O’Higgins y Balmaceda. Ello obedece a la interpretación histórica realizada por parte de este sector, que le atribuyó un carácter progresista a ambos gobernantes. No obstante, el sarcasmo de la oposición nos recalca que se trata de dos líderes que tuvieron un final trágico o deplorable. La renuncia (en el caso de O’Higgins) o el suicidio (Balmaceda) lógicamente que no debería estar en el horizonte de expectativas de ningún proyecto político. La tesis allendista pareciera ser que se había aprendido de esas experiencias históricas, cuyas lecciones aplicadas en el presente evitarían un desenlace funesto, en línea con la supuesta inevitabilidad del futuro socialista. Proyección que resultó errada, y que llevó al presidente Allende a “imitar a Balmaceda”.

## Juntos en el final

La destrucción de la galería de los presidentes emplazada en el palacio de La Moneda, es uno de los tantos episodios que componen la intensa jornada del golpe de Estado que derrocó a la Unidad Popular, el 11 de septiembre de 1973. Entre las leyendas que circulan al respecto, está que Allende ordenó destruir él mismo todos los bustos, salvo los de Pedro Aguirre Cerda y José Manuel Balmaceda, “los únicos que valieron la pena”, en sus palabras<sup>37</sup>.

Real o no, es un hecho que Allende siguió recordado, en pleno bombardeo al palacio presidencial, a su derrocado antecesor. Esto lo podemos apreciar en el último discurso del presidente socialista, el cual tiene una clara inspiración en el testamento político de José Manuel Balmaceda. Para comprobar esta tesis, hemos recogidos fragmentos de ambos documentos, tanto el discurso de 1973, como el testamento de 1891. Del último discurso del presidente Salvador Allende, son muy significativos los siguientes párrafos:

Mis palabras no tienen amargura, sino decepción, y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron... soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, el almirante Merino que se ha autodesignado, más el señor Mendoza, general rastrero... que sólo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al gobierno, también se ha nominado director general de Carabineros.

(...) Seguramente Radio Magallanes será callada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa, la seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos, mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal a la lealtad de los trabajadores.

Ante estos hechos, sólo me cabe decirle a los trabajadores: ¡Yo no voy a renunciar! Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen, ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

(...) porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando la línea férrea, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos,

---

<sup>37</sup> Montealegre, p.43. Hay versiones que sostienen que el mismo Allende disparó su Ak-47 contra todos los bustos sin distinción, y otras que en realidad la galería fue destruida producto del bombardeo aéreo.

frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder: estaban comprometidos. La historia los juzgará (...)»<sup>38</sup>.

Por su parte, en el testamento político del presidente José Manuel Balmaceda, encontramos algunos fragmentos que guardan cierto parecido:

Entre los más violentos perseguidores del día, figuran políticos de diversos partidos y a los cuales les colmé de honores, exalté y serví con entusiasmo. No me sorprende esta inconsecuencia, ni la inconstancia de los hombres.

¿No se formó en los famosos tiempos de Roma una coalición de partidos y de caudillos en que, para asegurar el Gobierno, el uno sacrificó a su hermano, el otro a su tío y el principal de ellos a su tutor? ¿No fué degollado Cicerón por orden de Popilio, a quien había arrebatado de los brazos de la muerte con su elocuencia? Todos los fundadores de la independencia sudamericana murieron en los calabozos, en los cadalsos, o fueron asesinados, o sucumbieron en la proscripción y el destierro. Estas han sido las guerras civiles en las antiguas y modernas democracias.

(...) El régimen parlamentario ha triunfado en los campos de batalla, pero esta victoria no prevalecerá. Si nuestra bandera, encarnación del Gobierno del pueblo verdaderamente republicano, ha caído plegada y ensangrentada en los campos de batalla, será levantada de nuevo en tiempo no lejano, y con defensores numerosos y más afortunados que nosotros, flameará un día para honra de las instituciones chilenas para dicha de mi patria, a la cual he amado sobre todas las cosas de la vida.

Cuando Uds. y los amigos me recuerden, crean que mi espíritu, con todos sus más delicados afectos, estará en medio de Uds<sup>39</sup>.

De estas palabras, podemos rescatar tres elementos en común. El primero, es la condena a la traición. Allende sostiene en su alocución que se siente decepcionado de militares como el general Mendoza, “general rastrero (...) que sólo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al gobierno”, pero que tiene la certeza de que tanto a estos como a todos los conspiradores “la historia los juzgará”. Balmaceda, de forma similar, critica que “entre los más violentos perseguidores del día, figuran políticos de diversos partidos y a los cuales les colmé de honores, exalté y serví con entusiasmo”. En ambos casos, los conspiradores no sólo han traicionado la confianza del presidente de la república. Han traicionado a la patria.

El segundo, es la búsqueda de una legitimación histórica. Balmaceda dice no estar sorprendido de la traición cometida por sus subalternos, y cita ejemplos históricos, comparándose a sí mismo con Cicerón y con los padres de la independencia latinoamericana. Todos ellos próceres de la democracia que tuvieron un injusto y trágico final. “Estas han sido las guerras civiles en las antiguas y modernas democracias”, en otras palabras, reafirma que su gobierno fue una democracia, contrariando las acusaciones de dictadura. Allende, por su parte, de forma más melodramática sostiene que “colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo”, recalando que siempre fue leal con los trabajadores y que espera así ser recordado.

Y el tercer elemento, es la victoria moral. La creencia en que no todo está perdido, que ambos están del “lado correcto de la historia” y que el tiempo les dará la razón. Pero no es sólo una victoria moral, es también una suerte de retroceso estratégico. Y no sólo eso, aún muertos, ambos presidentes

<sup>38</sup> “El último discurso de Salvador Allende (1973)”. Recuperado de *Salvador Allende*. Disponible en: <https://www.salvador-allende.cl/discursos/golpe-militar/>

<sup>39</sup> “Testamento político de José Manuel Balmaceda”. Recuperado de *Memoria Chilena*. Disponible en: <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-97958.html>

prometen a sus seguidores que seguirán presentes, acompañándolos en su memoria. Así lo manifestó Balmaceda, al terminar su testamento escribiendo: “El régimen parlamentario ha triunfado en los campos de batalla, pero esta victoria no prevalecerá (...) Cuando Uds. y los amigos me recuerden, crean que mi espíritu, con todos sus más delicados afectos, estará en medio de Uds.”. De forma similar, Allende cerró su última alocución con la promesa de que “siempre estaré con ustedes (...) tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen, ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos”.

Aunque Allende no lo mencionó explícitamente, se puede apreciar cierto aire balmacedista en su retórica. Si bien no sabemos si Allende se dio el tiempo de repasar las últimas palabras redactadas por el presidente liberal en los días previos al golpe, sí podemos tener la seguridad de que en algún minuto, a lo largo de su carrera política, debió leer el testamento.

Este paralelismo no pasó inadvertido para quienes escucharon por radio el discurso del derrocado presidente. Sobre todo para los exiliados que huyeron de la dictadura liderada por Augusto Pinochet. Según explica Rodríguez- Elizondo, en el exilio se comenzó a construir el mito de Salvador Allende como un presidente mártir. Incluso los guerrilleros miristas que lo habían tachado peyorativamente de “reformista burgués”, comenzaron a revalorizarlo, a la luz de su valiente resistencia en La Moneda el día del golpe.

Es que, por muchas vías, el Allende del 11 de septiembre traía a las memorias informadas el recuerdo del presidente José Manuel Balmaceda. El mismo que en 1891, enfrentado a otra encrucijada histórica, optaba por el suicidio, tras rechazar las opciones del exilio y la rendición. En su última carta, Balmaceda había declarado que «he desdenado el camino de la evasión vulgar, porque lo juzgo indigno del hombre que ha regido los destinos de Chile». El mismo espíritu, casi el mismo estilo, se transmitiría casi ochenta y dos años después, con las últimas palabras de Salvador Allende<sup>40</sup>.

De este modo, Allende pasaba a integrar junto a Balmaceda el selecto panteón de próceres que murieron defendiendo sus ideales y a su patria. “Carne de mártir”, como él mismo auguró. Ideal que germinó en la consciencia de los exiliados, y que se expandió rápidamente en el Chile post dictadura prácticamente como una memoria oficial y hegemónica.

### ¿Gemelos separados por la historia?

Ya vimos que José Manuel Balmaceda no fue un gobernante tan querido en su tiempo como las generaciones actuales, y el mismo Salvador Allende, suelen creer. Adicionalmente, hay tres diferencias que podemos remarcar entre la forma de gobernar de ambos mandatarios, y que debilitan el mito allendista de Balmaceda.

Primero, el extendido mito de que Balmaceda buscó nacionalizar el salitre. Efectivamente lo hizo, pero su concepción de nacionalizar es distinta a la que tenemos hoy. Para fines del siglo XIX, esto significaba romper con los monopolios e introducir nuevos capitales, privados y estatales, dentro de un rubro, en este caso el salitre —en ese entonces, monopolizado por el británico John Thomas North-. En ningún caso Balmaceda buscó que el Estado asumiera la propiedad total del salitre. Como buen liberal, su visión era proteccionista y no estatista, así lo manifestó en su famoso discurso de marzo de 1889: “El monopolio del salitre no puede ser empresa del Estado, cuya misión fundamental es sólo garantizar la

---

<sup>40</sup> Rodríguez Elizondo, op. cit., p.26.

propiedad y la libertad. Tampoco debe ser obra de particulares, ya sean éstos nacionales o extranjeros, porque no aceptaremos jamás la tiranía económica de muchos ni de pocos”<sup>41</sup>.

Es más, el historiador inglés Harold Blakemore, sostiene que los sucesores de Balmaceda – entre ellos el presidente Jorge Montt- fueron más explícitos y duros en sus críticas a los empresarios salitreros, de lo que fue el líder liberal<sup>42</sup>.

La segunda diferencia, es la creencia de que Balmaceda fue un gobernante popular, y que su gobierno fue defendido por las clases trabajadoras en la guerra civil de 1891. Lo cierto es que la guerra civil tuvo un carácter eminentemente intraoligárquico y fue detonada por causas de carácter político: el conflicto entre el ejecutivo y el legislativo. Por lo menos así lo entendieron los propios balmacedistas, entre ellos Julio Bañados Espinosa, historiador y amigo personal del presidente, cuya tesis –aún vigente entre muchos historiadores- fue la primera en abordar historiográficamente el conflicto<sup>43</sup>. Por lo mismo, ni el pueblo ni la emergente clase media, tomaron partido por ninguno de los dos bandos en conflicto, como reconoció el senador balmacedista Alfredo Ovalle Vicuña, quien señaló en agosto de 1891 que el pueblo “no entiende la contienda ni la toma a pecho”<sup>44</sup>.

Incluso los principales responsables del mito actual de Balmaceda, el historiador comunista Hernán Ramírez Necochea y el socialista Julio César Jobet, reconocen esta realidad. El primero sostiene que al estallar la guerra civil “los trabajadores carecieron de la suficiente claridad y no estaban convenientemente organizados para decidir qué partido debían tomar. A pesar de sus simpatías por Balmaceda, permanecieron en general indiferentes frente al conflicto”<sup>45</sup>. Mientras que Jobet, en la misma línea, consignó que “es verdad, ni Balmaceda ni los insurrectos tuvieron un respaldo popular, porque las masas no entendieron el significado de la revolución ni comprendieron la gran obra de Balmaceda a pesar de que iba en su beneficio”<sup>46</sup>.

Y en tercer lugar, está el mito de que el presidente finisecular fue una especie de “defensor del pueblo”. Lo cierto es que su gobierno reprimió con fuerza al naciente movimiento obrero. Esto se ve con claridad en la huelga general de julio de 1890, una de las primeras de Latinoamérica, que inició en Iquique, donde los obreros reclamaban que se les pagara su sueldo en dinero en efectivo en lugar de fichas. El movimiento se extendió por todo el Norte Grande, Santiago y Valparaíso, y se sumaron distintos gremios. Por orden de La Moneda, el movimiento fue reprimido violentamente por las Fuerzas Armadas, dejando cerca de cincuenta muertos sólo en Valparaíso<sup>47</sup>. Tampoco podemos dejar de mencionar la famosa matanza de Lo Cañas, acaecida a fines de la guerra civil, donde ochenta y cuatro jóvenes adherentes al bando parlamentarista fueron asesinados por el ejército presidencialista<sup>48</sup>. Esta política de represión contrastaba notoriamente con la de Salvador Allende, quien se rehusó a usar la fuerza pública para desalojar campesinos de las tomas ilegales de terrenos en el marco de la reforma agraria, justamente buscando distanciarse de los gobiernos anteriores y evitar nuevas masacres<sup>49</sup>.

<sup>41</sup> “Mitos en la historia de Chile (I): el presidente Balmaceda”, recuperado de *Chile Libre*. Disponible en: <https://chilelibre.cl/2019/11/24/mitos-en-la-historia-de-chile-i-el-presidente-balmaceda/>

<sup>42</sup> Harold Blakemore, *British nitrates and Chilean politics, 1886-1896: Balmaceda and North*, University of London, 1974, p.194.

<sup>43</sup> Julio Bañados Espinosa, *Balmaceda: su gobierno y la Revolución de 1891*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2005.

<sup>44</sup> Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Universitaria, 1992, p.65.

<sup>45</sup> Hernán Ramírez Necochea, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, Santiago, Universitaria, 1958, p.209.

<sup>46</sup> Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Santiago, Universitaria, 1955, p.109.

<sup>47</sup> Felipe Portales, “Balmaceda no fue revolucionario” en *Historias desconocidas de Chile 2*, Santiago, Catalonia, 2018, p.245-246.

<sup>48</sup> Alejandro San Francisco, *La Guerra Civil de 1891. Chile. Un país, dos ejércitos, miles de muertos*, Tomo 2. Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2017, p.66.

<sup>49</sup> Joaquín Fernandois, *La Revolución inconclusa*, Santiago, Centro de Estudios Públicos, 2013, p.409.

Estos tres puntos nos llevan a plantearnos qué tan cierta era la convicción de que Allende estaba siguiendo los pasos de Balmaceda, entre los historiadores afines a la Unidad Popular. Se puede inferir que dentro de los círculos intelectuales adherentes al gobierno, de los que formó parte Ramírez Necochea y Jobet, existía cierta consciencia, e incluso complicidad, de que se estaba fomentando una interpretación más mítica que real de los acontecimientos decimonónicos.

En síntesis, podemos apreciar que la reinención y revalorización de Balmaceda se produjo espontáneamente a nivel de mito popular y religioso tras la guerra, y tardó medio siglo en ser recogida y reinterpretada historiográficamente en clave marxista. El salto a la propaganda izquierdista terminó por desviar la realidad histórica, hasta caer en resonantes anacronismos, como hablar de nacionalizaciones y movilización popular en el Chile de fines del siglo XIX.

Es más factible que Allende, que no era un historiador profesional, ignorara estas “licencias” históricas, y creyera sinceramente que su gobierno estaba repitiendo la senda seguida por Balmaceda, a pesar de tratarse de una concepción más basada en la propaganda de su sector que en trabajos historiográficos. Siendo condescendientes, no obstante, podemos señalar como similitudes más fuertes la interpretación presidencialista de la constitución, que llevó a ambos mandatarios a enfrentarse en sendos conflictos con un parlamento opositor, lo que le valió a ambos ser acusados de autoritarios. Asimismo, para los estándares del siglo XIX, la nacionalización emprendida por Balmaceda tuvo un carácter bastante progresista, por cuanto que fue el salitre una de las principales fuente de recursos fiscales, que permitieron al mandatario liberal emprender su ambicioso programa de obras públicas. Programa que dejó, entre sus muchos logros, la red de alcantarillado de Santiago y el viaducto del Malleco, aún hoy en funciones. ¿No estaba tan equivocado Allende? ¿no es tan forzada la comparación? Es probable que el socialista se hubiese mostrado crítico con la respuesta del gobierno balmacedista en Lo Cañas y Valparaíso, pero su necesidad de buscar un referente histórico legitimador prevaleció.

En palabras del historiador británico William Sater, así como la belleza, “el heroísmo se encuentra literalmente en los ojos de los espectadores”<sup>50</sup>. Al ser alzado de forma popular como un santo secular, defensor del pueblo, y luego reinterpretado como un líder revolucionario del siglo XIX por la historiografía y propaganda marxista, era casi inevitable que Allende lo alzara como uno de sus grandes referentes. No sólo era su caballo de batalla, que venía a legitimar su proyecto revolucionario socialista como heredero de un legado patriótico, sino que era a su vez un símbolo de unidad nacional. Balmaceda no era propiedad exclusiva de la izquierda, sino de todos los chilenos. Y un recordatorio de la supuesta tradición revolucionaria de la historia nacional.

## Conclusiones

El uso de la figura histórica de Balmaceda por parte de Allende parece responder a lo que McMillan llama los “usos y abusos de la historia”, los cuales son bastante comunes en gobiernos de corte fundacional o reformista. “Los líderes políticos siempre han sabido el gran valor que tiene compararse con grandes figuras del pasado. Les ayuda a darles estatura y legitimidad como herederos de las tradiciones de la nación”, sostiene la historiadora<sup>51</sup>. Según Elizabeth Jelin, todos los relatos nacionales suelen ser selectivos. Se escoge a los héroes que después saldrán en los libros escolares, y también estos “se constituyen en los blancos para intentos de reformas, revisionismo y relatos alternativos”. Pues la historia tiende a ser la de los vencedores, pero también habrá “relatos disidentes

<sup>50</sup> William Sater, *La imagen heroica en Chile*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2005, p. XVIII.

<sup>51</sup> Margareth Macmillan, *Juegos peligrosos: usos y abusos de la Historia*, Barcelona, Ariel, 2010, p. 29-30.

como resistencia al poder<sup>52</sup>. Lo que explica, en parte, que hayan trascendido hasta la actualidad tanto el discurso allendista como el balmacedista, a pesar de haber sido ambos derrotados militarmente. No explica, eso sí, que aún sean objeto de devoción, e incluso referentes para políticos contemporáneos.

El historiador británico Felipe Fernández-Armesto sostiene que “si existe un rasgo cultural latinoamericano es la fracasomanía”, idea con la que concuerda el chileno Alfredo Jocelyn-Holt, a la cual suma su “versión perversa: insistir en que ganan cuando de veras pierden”. Según el historiador, la izquierda chilena “en eso es muy fracasada-triunfante, muy latinoamericana salvífica”<sup>53</sup>.

Si entendemos el fracaso como el fin abrupto de un mandato presidencial, marcado por la intervención militar, la persecución a los opositores –antes gobiernistas- y el quiebre de la institucionalidad democrática, coronado por el suicidio de los líderes derrocados, entonces la “fracasomanía” la encontramos presente tanto en Balmaceda como Allende. Ambos en sus discursos de despedida apelaban a una victoria moral, a que el tiempo les daría la razón. La filosofía fidelcastrista de “condenadme no importa, la historia me absolverá”.

Con Balmaceda, su mensaje comenzó a surtir efecto al poco andar el período parlamentario, con su ineficiencia y corrupción. Su legado, como si fuera una posta en una maratón, fue retomado por Allende, reinterpretado y continuado a sabiendas del trágico final que le esperaba al final del camino. Allende hizo todo lo posible por esquivar ese abismo que sabía lo amenazaba, pero al mismo tiempo estaba serenamente dispuesto a asumir las trágicas consecuencias. Esto lo podemos apreciar en la forma en que el mismo Allende se refería a su propia muerte a lo largo de su gobierno, contradictoria a veces. Oscilando entre el sarcasmo y el mesianismo revolucionario. Negando rotundamente que optaría por la salida del suicidio, pero recalando que estaba dispuesto a “pagar con su vida” la lealtad del pueblo. Decisión a la cual la oposición lo empujó constantemente con sus tragicómicas sátiras en la prensa.

El médico socialista siguió un camino ya antes trazado por el presidente Balmaceda, más real que ficticio. Pero la falta de similitudes históricas fue suplida por el mismo Allende al quitarse la vida en medio del bombardeo a La Moneda. Los procesos y épocas difieren notoriamente, sin embargo los hechos guardan una trágica simetría que salta a la vista para cualquier espectador: dos presidentes que terminaron sus mandatos de forma muy parecida.

Este culto por el fracaso nos lleva a varias preguntas. La consciencia de lo complejo, cuando no imposible, del proyecto político, pareciera tener como solución premeditada la autodestrucción. La falta de una estrategia eficiente, es suplida con un idealismo kamikaze.

En Latinoamérica pareciera existir una especie de fetiche por el suicidio. Son varios los casos de líderes que optaron por esta salida. Alan García en Perú y Getulio Vargas en Brasil, entre otros. Aun cuando la iglesia católica lo condena, existe cierta dignidad en el acto de suicidarse, de preservar el honor antes que entregarse al enemigo, cual guerrero japonés. A esto se suma la vieja máxima de Oreste Plath de que “en Chile no hay muerto malo”<sup>54</sup>. En los funerales, todas las diferencias se borran, y esa aura trasciende un buen tiempo. Tras sólo dos años de resuelto el conflicto civil, congresistas y balmacedistas se reencontraron y entregaron ambos sus condolencias por la muerte del malogrado presidente. Y en la actualidad, Allende es valorado como nuestro “presidente mártir”, quien luchó hasta el final atrincherado en La Moneda ese 11 de septiembre. Su gobierno y legado es tema aparte, lo

<sup>52</sup> Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 2002, p.41.

<sup>53</sup> Alfredo Jocelyn-Holt, *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*, Santiago, Planeta/Ariel, 1998, p.25.

<sup>54</sup> Oreste Plath, *El Santiago que se fue. Apuntes de la memoria*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2010, p.258.

anterior basta para que su dignidad sea reconocida con una estatua frente a La Moneda. Monumento donde figura envuelto en la bandera chilena, al igual que Balmaceda en su estatua de Plaza Baquedano<sup>55</sup>.

¿Es ese el ejemplo que nos dejan estos dos mártires? ¿El seguir proyectos idealistas condenados al fracaso en el corto plazo? ¿conformarnos con victorias morales y sembrar semillas que serán cultivadas por las generaciones futuras, mientras nosotros debemos pagar los platos rotos y sobrevivir a los tiempos de vacas flacas?

Lo concreto es que Balmaceda dejó un legado de obras públicas que modernizaron el país, y un presidencialismo que, aunque interrumpido por la república parlamentaria, trascendió hasta nuestros días. A Allende, por su parte, le debemos el fin del latifundismo y la nacionalización del cobre, dos reformas que prevalecen en la actualidad. ¿Se pudo haber logrado todo esto sin haber caído en la división del país y el quiebre institucional?

Es una pregunta que dejaremos abierta. A nivel de memoria, por lo menos, pareciera ser que la respuesta es negativa. Aún el más avezado talento político era incapaz de soslayar el ineludible conflicto con los poderosos grupos de interés que representaban el parlamentarismo, con Balmaceda, y los grandes empresarios, con Allende.

He ahí la grandeza de ambos mandatarios. Tomaron decisiones difíciles, y asumieron las consecuencias de la forma más digna posible. En vez de dejarse someter por una férrea oposición, no quitaron el pie del acelerador y continuaron con sus reformas, las cuales hicieron posible, en retrospectiva, la modernización del país.

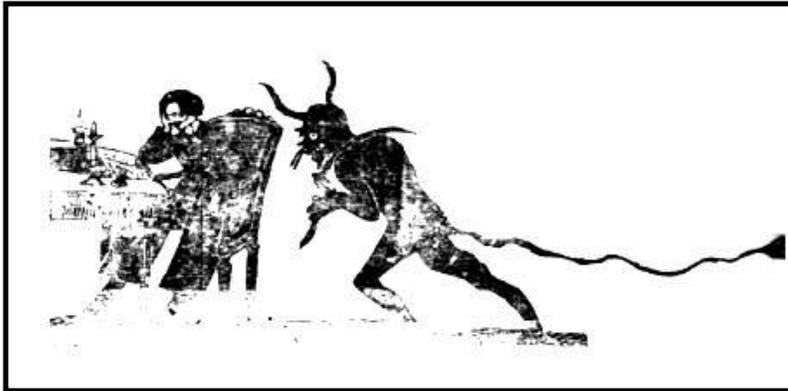
Aunque hemos constatado importantes diferencias en el proyecto de ambas administraciones, que ponen en duda el mito histórico de la dupla Balmaceda-Allende, una lección aún más importante que debiéramos realzar -por sobre la condescendencia histórica de avalar la división y autodestrucción-, es la excepcionalidad de estos momentos de crisis. Tener dos presidentes mártires ya es suficiente, y evitar que sus conflictivos escenarios se repitan, depende de nosotros. Las generaciones presentes y futuras deben tener como norte siempre el diálogo, cuidar la democracia y el país que tenemos. El cual existe, en buena parte, gracias a estos dos mandatarios, que, literalmente, dieron su vida por Chile.

---

<sup>55</sup> Es muy significativo que la estatua del presidente Allende haya sido hecha por el escultor Arturo Hevia, por petición de la Fundación Salvador Allende, a pesar de ser un artista cercano a la derecha. Hevia sostuvo que, su inspiración para esculpir a Allende envuelto a la bandera, era justamente la estatua de Balmaceda realizada por Virginio Arias. Motivo también presente en el monumento a Diego Portales, en la misma Plaza de la Constitución. Precisar que si bien Portales no se suicidó, sí fue asesinado en 1836 en medio de un motín militar, en rechazo a las políticas del autoritario ministro.

Fuente: “Arturo Hevia, el escultor detrás de los monumentos a Allende y Merino: “Todos tienen derecho a tener una estatua””, recuperado de *El Mostrador*, disponible en: <https://www.elmostrador.cl/destacado/2018/12/09/arturo-hevia-el-escultor-detras-de-los-monumentos-a-allende-y-merino-todos-tienen-derecho-a-tener-una-estatua/>

## Imágenes



Fuente: Micaela Navarrete Araya, Balmaceda en la poesía popular, 1886-1896, Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana, 1993, p.67.



Fuente: Joaquín Fernández, *El Ibañismo (1937-1952): Un Caso de Populismo en la Política Chilena*, Santiago, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2007, p.147.



Fuente: Alfredo Joignant, *Un día distinto. Memorias festivas y batallas conmemorativas en torno al 11 de septiembre en Chile 1974-2006*, Santiago, Editorial Universitaria, 2007, p.44.



Fuente: SEPA N° 93, noviembre de 1972, en Montealegre, p.48.

### **Bibliografía**

- Marco Álvarez Vergara, “Cine + Revolución: las películas de la Unidad Popular”, en *Viento Sur*, N°132, Madrid, 2014.
- Julio Bañados Espinosa, *Balmaceda: su gobierno y la Revolución de 1891*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2005.
- Harold Blakemore, *British nitrates and chilean politics, 1886-1896: Balmaceda and North*, University of London, 1974.
- Tomás Cornejo, “Filmar a contrapelo: el cine de Helvio Soto durante la Unidad Popular”, en *Atenea*, N° 508, Concepción, 2013.
- María de la Luz Hurtado, Paula Edwards y Rafael Guilisasti, *Historia de la Tv en Chile 1958-1973*, Santiago, Documentas, 1989.
- Joaquín Fernandois, *La Revolución inconclusa*, Santiago, Centro de Estudios Públicos, 2013.
- Joaquín Fernández, *El Ibañismo (1937-1952): Un Caso de Populismo en la Política Chilena*, Santiago, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2007.
- Arturo Fontaine, *Todos querían la revolución. Chile 1964-1973*, Santiago, Zig-Zag, 2000.
- Valerio Fuenzalida, “La apropiación educativa de la telenovela”, en *Diálogos*, N° 44, Santiago.
- Cristián Gazmuri, *Eduardo Frei Montalva y su época. Tomo II*, Santiago, Aguilar, 2000.
- Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Universitaria, 1992.
- Luis Horta Canales, “Un western marxista: Caliche sangriento y el Nuevo Cine chileno” en *Revista Comunicación y Medios. Colección Documentos*, N° 3, Santiago, 2014.
- Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 2002.
- Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Santiago, Universitaria, 1955.
- Alfredo Jocelyn-Holt, *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*, Santiago, Planeta/Ariel, 1998.
- Alfredo Joignant, *Un día distinto. Memorias festivas y batallas conmemorativas en torno al 11 de septiembre en Chile 1974-2006*, Santiago, Editorial Universitaria, 2007.
- Margareth Macmillan, *Juegos peligrosos: usos y abusos de la Historia*, Barcelona, Ariel, 2010.
- Rodrigo Mayorga, “Un héroe para el partido, un héroe para la nación. Balmaceda y su imagen ante la Historia. Los años formativos (1891-1897)”, en Rodrigo Mayorga (Editor), *Lejos del Ruido de las Balas. La Guerra Civil Chilena de 1891*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2008.
- Gabriela Mistral: selección, prólogo y notas de Jaime Quezada, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Jorge Montealegre Iturra, “Salvador Allende: caricatura y mito”, en *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, N°2, Abril 2014.
- Darío Osses, “El viaducto: la experiencia de escribir una novela sobre dos crisis históricas” en *Revista Chilena de Humanidades*, N°16, Santiago, Facultad de Filosofía y Humanidades / Universidad de Chile, 1995.
- Micaela Navarrete Araya, *Balmaceda en la poesía popular, 1886-1896*, Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana, 1993.
- Pablo Neruda, *Confieso que he vivido. Memorias*, Barcelona, Seix Barral, 1985.
- Augusto Pinochet, *Visión futura de Chile*, Santiago, División Nacional de Comunicación Social, 1979.

Julio Pinto, “El balmacedismo como mito popular: los trabajadores de Tarapacá y la Guerra Civil de 1891”, en Luis Ortega (editor), *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy*, Santiago, Universidad de Santiago, 1993.

Oresthe Plath, *El Santiago que se fue. Apuntes de la memoria*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Felipe Portales, “Balmaceda no fue derrocado por nacionalista” en *Historias desconocidas de Chile*, Santiago, Catalonia, 2016.

Felipe Portales, “Balmaceda no fue revolucionario” en *Historias desconocidas de Chile 2*, Santiago, Catalonia, 2018.

Margaret Power, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende 1964- 1973*, Santiago, Dibam, 2008.

Hernán Ramírez Necochea, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, Santiago, Universitaria, 1958.

José Rodríguez Elizondo, “Salvador Allende, el tabú y el mito”, en *Nueva Sociedad*, N° 128, noviembre-diciembre 1993.

Alejandro San Francisco, *La Guerra Civil de 1891. Chile. Un país, dos ejércitos, miles de muertos*, Tomo 2. Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2017.

Alejandro San Francisco (Dirección General), José Manuel Castro, Milton Cortés, Myriam Duchens, Gonzalo Laríos, Alejandro San Francisco y Ángel Soto (coautores), *Historia de Chile 1960-2010*. Tomo 1. *Democracia, esperanzas y frustraciones. Chile a mediados del siglo XX*, Santiago, CEUSS/Universidad San Sebastián, 2016.

“Salvador Allende, Presidente del pueblo”. En *Salvador Allende: presencia en la ausencia*, Miguel Lawner, Hernán Soto y Jacobo Schatan, editores, Santiago, LOM/CENDA, 2008.

William Sater, *La imagen heroica en Chile*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2005.  
*Textos de Salvador Allende (1971)*, Santiago, Biblioteca Clodomiro Almeyda, 2018.

#### Linkografía:

“Arturo Hevia, el escultor detrás de los monumentos a Allende y Merino: “Todos tienen derecho a tener una estatua”, recuperado de *El Mostrador*, disponible en: <https://www.elmostrador.cl/destacado/2018/12/09/arturo-hevia-el-escultor-detras-de-los-monumentos-a-allende-y-merino-todos-tienen-derecho-a-tener-una-estatua/>

“El último discurso de Salvador Allende (1973)”. Recuperado de *Salvador Allende*. Disponible en: <https://www.salvador-allende.cl/discursos/golpe-militar/>

“Mitos en la historia de Chile (I): el presidente Balmaceda”, recuperado de *Chile Libre*. Disponible en: <https://chilelibre.cl/2019/11/24/mitos-en-la-historia-de-chile-i-el-presidente-balmaceda/>

“Partidos, movimientos y coaliciones”, recuperado de *Biblioteca del Congreso Nacional de Chile*. Disponible en: [https://www.bcn.cl/historiapolitica/partidos\\_politicos/wiki/Partido\\_Liberal\\_Democr%C3%A1tico](https://www.bcn.cl/historiapolitica/partidos_politicos/wiki/Partido_Liberal_Democr%C3%A1tico)

“Testamento político de José Manuel Balmaceda”, recuperado de *Memoria Chilena*. Disponible en: <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-97958.html>

“Nuevo cine chileno”, recuperado de *Memoria chilena*. Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-92826.html>



50, enero 2021:1-20

Prensa y entrevistas:

- El Mercurio, 1973
- El Siglo, 1973
- SEPA, 1972
- Tribuna, 1972
- Entrevista con Alejandro Sieveking, Santiago, 9 de enero de 2019.